ra fruto ninguno ni de la carta del P. Malagrida, ni del memorial del M. R. P. Ricci: solo consta que el cardenal Torregiani escribió en nombre del Padre Santo al nuncio Felipe Acciajuoli, prescribiéndole la conducta, que debía seguir en circunstancias tan críticas y azarosas, y ordenándole no solo velar para que el Cardenal Patriarca no excediese los límites, que le fueron marcados en el Breve é instrucciones particulares del finado Pontifice, sino también inquirir todos los desafueros y arbitrariedades, cometidas por el Visitador. Escribía igualmente à Espínola, nuncio en España, previniendole contra todas las infamias, que se publicasen respecto de los Jesuitas, y lamentándose, con gran amargura, de la cruel pertinacia, con que los solapados enemigos de la Religión maquinaban la ruina de la Compañía de Jesús, ruina consumada más tarde por los medios más impios é inhumanos.

CAPÍTULO VII.

Atentado de 3 de setiembre de 1758.

Largo tiempo hacia que Pombal buscaba, aunque inútilmente, algún pretexto plausible para llevar à cabo la ruina de los Jesuitas, y señaladamente el exterminio del P. Malagrida, que más abiertamente contrariaba sus tenebrosos planes. Imaginose poder hallarlo en algunos de la Compañía, que creia estar descontentos de su vocación; mas, habiendo llamado, con este fin, al P. Cayetano y al P. Ignacio Soares, desengañose completamente, porque fué tal el amor y aprecio, que estos manifestaron por su madre querida, tal la unión y paz, que reinaba entre sus hijos, que no tuvo otro remedio sino apelar á los pretextos, que se le ofrecieran fuera del seno de tan sólido Instituto. Encontrólos, ó mejor. se los procuraron á satisfacción en un funesto accidente, ocurrido la noche del 3 al 4 de setiembre de 1758.

Al volver José I de Belem à Lisboa en el coche de D. Pedro Tejeira su camarero, se oyeron tres detonaciones. El 4 por la mañana corría en la corte la voz de que el monarca estaba enfermo y había sido sangrado: otros decían que al bajar al jardín, había caido y se había

herido en la espalda: pero la opinión más válida era de que algunos malhechores, pagados por el duque de Aveiro, habían intentado asesinar al rev. Que había en todo esto de verdad? Si he de decir lo que siento, para mi es poco menos que cierto que todo fuè comedia tramada por Carvallo para perder á la nobleza y à los Jesuitas, y que tales detonaciones y ruidoso atentado no fué sino una máquina inventada por él mismo. Y para que se vea que su plan había traspirado, consta que, al amanecer del 4, la noticia del crimen se había divulgado ya entre personas, que vivían al otro lado del Tajo, y que José Sánchez religioso franciscano por la misma mañana lo supo en Béjar, distante veinte y ocho leguas de Lisboa, y además que se había dado de ello anticipado aviso al P. Malagrida, tal vez engañado por los propaladores del cuento.

Noticioso, según parece, el P. Gabriel de algún grave peligro, que al monarca amenazaba, desde su destierro de Setúbal escribió al Excmo. Sr. Saldaña, su visitador, pidiéndole con reverente humildad permiso de presentarse á la corte para comunicar al rey asuntos de altísima importancia. La respuesta del cardenal fué que si alguna cosa tenía que participar á S. M., lo hiciera por escrito. Era esta zancadilla, que armaban al inocente Siervo de Dios? Sin incurrir en juicios temerarios, todo se puede temer y sospechar de esos hombres vendidos á Pombal. En conformidad, pues, de las órdenes recibidas tomó el P. Gabriel la

pluma, escribió y mandó la carta á la Excelentísima Sra. Doña Ana de Lorena, camarera mayor de la reina, para que la entregase inmediatamente á disposición del monarca. Sucedió todo esto pocos meses antes del famoso dia del supuesto crimen.

Llegada la carta à manos de la camarera, no creyò esta oportuno ni prudente cumplir con la comisión, cuyas consecuencias ignoraba, por lo cual la remitió al autor, después de algunos meses, es decir, el 12 de diciembre de 1758. Lo más notable del caso es que, aunque esta carta vino más tarde á poder de Pombal, por haberla encontrado entre los papeles del Padre Malagrida, y aunque se valió de su hallazgo para acusarle falsa y calumniosamente de haber comunicado á varios, por escrito y con anticipación, las circunstancias del atentado, no obstante, à nadie exhibió jamás el original ni siquiera una copia, como si su contenido hubiera más bien favorecido, que dañado, al celoso Apóstol. Sea de esto lo que fuere, no hay duda que las más densas tinieblas reinaron por mucho tiempo sobre dicho conato de regicidio.

Aun entre los que admitían el hecho había gran discordancia de pareceres, ahora sobre las circunstancias así accesorias como principales, ahora sobre el orígen de tamaño delito. Ocho lugares se citaban como teatro del crimen, y en el que señalan las noticias públicas, impresas por orden del Marqués, no se oyó ni el menor estruendo en el decurso de toda la

noche. Así lo aseguraron testigos de todo abono. En cuanto á la causa asevera el autor de las Memorias de Pombal saber, como cosa cierta y averiguada, «que entre las personas encarceladas se encontraba después de la muerte del rey un soldado, que declaró haber recibido orden de Carvallo de disparar contra las ruedas del coche de S. M., donde venía cierto gentil hombre del príncipe, y que en caso de sufrir interrogatorio sobre el suceso, respondiera haber sido seducido y comprado por los Jesuitas para esta criminal empresa. Lo cierto es que cuando el Sr. Obispo de Algarbe oyó la nueva del regicidio, exclamó: Desgraciados Jesuitas! Los han perdido!

El P. Eckart adopta otra explicación, en su tiempo bastante admitida. Según su parecer es muy probable que el duque de Aveiro nada intentase contra la persona del rey, y que solo quisiera tomar venganza de D. Antonio Tejeira, su camarero, del cual había recibido afrentosa ofensa. Repetidas veces había el duque pedido justicia al monarca, y viendo que esta se difería más de lo que reclamaba su indignación, dijo en cierta ocasión al soberano: Ya que S. M. no quiere vengar mi ultraje, yo lo vengaré por mi cuenta. Daban cierta firmeza á esta opinión la contingencia de que, al recibir los tiros el príncipe, no iba en su carroza, sino en el coche de Tejeira.

Lo raro, anómalo y más particular de estos incidentes es que tanto el duque de Aveiro, como los demás pretendidos cómplices pasaron más de tres meses sin ser molestados para nada, sin sufrir interrogatorio ninguno, ni verse privados de su reposo: pero esta calma aparente era para muchos presagio de próxima y más deshecha borrasca. Los Padres de la Compañía sobre todo, por más que no tuvieran relaciones intimas con las familias de los Tavoras, escarmentados por la táctica del ministro, que con fútiles pretextos complicábalos en todos los crimenes, temian no poco les envolviera en las redes del perpetrado delito, que ellos detestaban. Y verdaderamente tomaron cuerpo estos recelos, al saber que Ignacio Ferreira, consejero de Carvallo, hablando familiarmente del regicidio, soltó la expresión de que los Jesuitas eran los verdaderos culpables.

Presto cambió el viento de la fama, y empezó á correr la voz de que el duque de Aveiro había atentado contra la vida del monarca para abrirse paso al camino del trono. Este, sin embargo, así como los demás Tavoras, escudados en el testimonio de su conciencia, seguían tranquilos frecuentando el palacio real y despreciando con nobleza los públicos rumores. Al revés Pombal en vez de impedirlos, entreviendo en ellos con júbilo secreto una arma á propósito para destruir á sus enemigos, denunció al rey la supuesta conjuración, en la que se fingían complicados los Jesuitas y los principales caballeros de la corte.

Mientras en Lisboa y en todo Portugal se esperaba con ansia el desenlace de esta tragedia, mientras señores y plebeyos andaban á caza de — 362 —

noticias sobre el proceso del regicidio, el antiguo Apóstol del nuevo mundo, desterrado todavía en Setúbal, buscaba en la oración así el consuelo de sus penas, como remedio de tantas desventuras, que oprimían á la Compañía. Quitadas unas tres horas, que todos los días daba al sueño para restaurar sus fuerzas, empleaba lo restante del tiempo, parte en el ejercicio de la meditación, donde desahogaba con Dios su alma afligidísima, parte en los pocos ministe-

rios que le eran permitidos.

Ya que se coartaba su celo vehemente, no consintiéndole predicar en los templos, recorria las calles y plazas, valiendose de cualquiera ocasión para exponer las máximas eternas. Muchas veces rodeado de pobres mendigos y de niños inocentes enseñábales la doctrina cristiana, tomando con especial ahinco bien imbuirlos en los saludables principios de nuestra religión, bien hacerles concebir aborrecimiento sumo à la culpa, como fuente de todos los males, bien exhortarlos à atesorar en sus obras ordinarias y comunes trabajos riquezas de vida perdurable. Y sus palabras penetraban tanto más suave y fuertemente en los sencillos corazones de los oyentes, cuanto más convencidos estaban de la verdad de tales doctrinas por los brillantes ejemplos del predicador, que en todo se amoldaba á ellas sin apartarse un apice de las reglas de perfección. Su caridad era paciente, industriosa y activa; su mortificación, universal y contínua: en la oración gastaba por lo menos cuatro horas diarias: todo su porte parecía decir à cuantos le observaban: locos mortales, por qué amais la vanidad y buscais la mentira? En este triste valle solo hallareis quebrantos; la verdadera felicidad solamente anida en el cielo!

Mas sus enemigos, encenagados en el fango vil de la tierra, no lo pensaban así, antes por esto trataban de deshacerse à toda costa de sus impertinentes censuras y harto mortificativos ejemplos. Cargada ya la atmósfera, temiase que de un dia á otro estallase la tormenta, cuando se presentaron, casi sin preverlo, nuevos y más desagradables amagos. A fines de noviembre el cardenal Patriarca intimó al R. P. Provincial de la Compañía la orden expresa de que sin su aprobación y permiso no hiciera cambio ninguno en el personal de sus casas y colegios. Asi lo quería Carvallo para tener bajo su imperio neronico à todos los Jesuitas de Portugal. Pero habiendo presentado el P. Henriquez los insuperables inconvenientes, que ofrecia esta orden, estendiéndola á toda la Provincia, obtuvo que solamente se restringiera à los dos colegios de Lisboa con la condición de que el Provincial le daría parte de las mudanzas, que creyese oportuno y necesario hacer en otros puntos.

Por otra parte, el 11 de diciembre, mando el Cardenal un propio à Setúbal con carta para nuestro P. Malagrida, ordenándole, como supremo gerarca, que inmediatamente viniera por mar à la capital, y se dirigiese al colegio de S. Antonio, informando luego de su llega-

da y esperara allí nuevas ordenes. Tan pronto como el obediente Misionero hubo recibido la carta, despidióse de los superiores, y tomando el breviario y el báculo, partió á Lisboa habiendo llegado el mismo dia con el portador de la carta, el cual tenía severa prescripción de no perderle de vista.

Deciase en este mismo tiempo, por indicación y arte del ministro, que el rey estaba en grave peligro, y para dar mayor vigor á sus imposturas, consiguió primero que se hiciesen rogativas públicas para la conservación de S. M. y luego se mandó al clero secular y regular de todo el reino dar gracias á Dios por la curación completa del monarca. Solamente à los Jesuitas se dejó de pasar aviso, queriendo de esta suerte el astuto ministro confirmar las calumnias, que contra ellos se esparcian. Mas, á pesar de todo, los Jesuitas mezclaron sus preces con las de los fieles, y en todas sus iglesias se cantó solemne Te-Deum en hacimiento de gracias por el cabal restablecimiento.

Volviendo ahora á nuestro P. Malagrida, debemos decir que, si bien su llegada cogió de sorpresa y causó no poca admiración á los Padres del colegio, llenólos á la par de dulce consuelo ya por el afectuoso respeto que todos le tenían, ya también por los admirables ejemplos de virtud, con que los alentaba. Para aprovecharse, pues, de la fortuita estancia en Lisboa, y prepararse á la triste suerte que les amenazaba, invitaron al venerable Anciano á

-365 -

que les diera los Ejercicios del santo Padre. Accedió el P. Gabriel con tanto mayor gusto, cuanto que en ello admiraba el cumplimiento de un pronóstico ó presagió, que había ya descubierto á los Padres de Setúbal. Antes de morir, había dicho, daré los santos Ejercicios en Lisboa. A quién y cómo? Lo ignoro, pero estoy

seguro de que los daré.

En el primer dia del espiritual retiro, al celebrar el augusto sacrificio de la misa, derramó abundantes lágrimas, y como uno le preguntara el motivo de su llanto, esclamó: Ay de mi! el tiempo de la tribulación está próximo, y no hay nadie, que pueda ofrecernos sus auxilios! En el curso de los ejercicios como quien veía acercarse la tempestad, recomendaba con frecuencia la resignación y conformidad con la voluntad divina. Decía en una de sus pláticas: Nuestro Señor tendrá cuidado de nosotros durante la persecución. La Compañía será arrojada del reino, pero dia vendrá en que vuelva otra vez. En cuanto à mi ofrézcome à Dios como victima por todos mis hermanos. Lo que mayor pena y sentimiento me causa es que no padeceré yo solo! Dios sabe cuanto me cuesta ver sufrir à mis hermanos!.... Tengamos confianza, repetia, la Compañía saldrá gloriosa de esta prueba, y algunos de vosotros vereis el fin de la persecución.

Dos dias antes del arribo del P. Malagrida á Lisboa había aparecido un decreto firmado por el rey, hasta entonces inaccesible á los que no eran íntimos del Marqués, prometiendo grandes recompensas à los delatores de los complices del regicidio, y prohibiendo á todos los habitantes salir de la ciudad sin pasaporte perfectamente visado. Esta era la señal para dar principio al desenlace del sangriento drama: en su consecuencia la noche del 12 al 13 de diciembre fueron presos y encarcelados todos los Tavoras.

Los Jesuitas, terrero perpetuo de las iras de Pombal, no podian menos de verse arrastrados por las impetuosas olas de la tempestad, preparada para su ruina. Así fué como el mismo dia 13 todas las casas de la Compañía en la capital se vieron cercadas por gran trulla de gente armada, como que fueran guarida de malhechores. Siete eran las que por aquel entonces tenía en la corte, á saber: S. Roque, S. Antonio, el Paraiso, S. Patricio, S. Borja, Cotovia y Aroios. Delante de todas las puertas principales de estas casas fueron puestos centinelas con bayoneta calada; no permitian abrir la iglesia sin dos guardias de vista; estaba prohibida la entrada á toda clase de personas sin licencia del oficial del retén; y á los que se les permitía entrar se les exigia el nombre y el número de su casa de manera que, por temor de ser tenido por sospechoso, nadie se atrevía á visitarlos; y así se conservaba á los Padres en cierto modo incomunicados; y para que esta incomunicación fuera más segura, mandò el cardenal una carta al P. Henriquez prescribiéndole que intimara á todos sus súbditos la prohibición de salir fuera de casa bajo pena de pecado mortal.

Estas severas é inmotivadas medidas llenaron de consternación à toda la ciudad: y el solo aspecto de las tropas infundia terror à las gentes pacificas. Esto no obstante, al pedir el nuncio Acciajuoli explicaciones de tales aparatos de fuerza, fuéle respondido que se guardaba con los Jesuitas aquel comportamiento para bien de los mismos, pues temían que el pueblo, enterado de las voces, que contra ellos circulaban, se levantaría en masa para pasarlos á todos á cuchillo. Tanto celo inflamaba á Pombal por la conservación y seguridad de aque-

llos pobres religiosos!

Mas el pueblo, no solo se compadecía de los que con tantas fatigas y desinterés les habían guiado por los senderos de salud, sino que también conocía perfectamente la inocencia de los perseguidos por la justicia y los motivos de tan aparatosos alardes. El hipócrita ministro para encontrar plausibles pretextos, con que cohonestar o paliar su tiranía, por un lado favorecia la fuga de cuantos lo hubieran querido, dejando expeditas las puertas traseras, y por otro con el fin de aguijarlos á tomar este partido hacía que llegaran á sus oidos rumores siniestros, propalando por sus agentes que los Jesuitas iban á ser encerrados en calabozos subterráneos, de donde la mayor parte no saldrían sino para la horca ó para la hoguera. Pero ni por estos medios y espantajos pudo conseguir su diabólico objeto, dado que lejos de manifestar temor ni pretensiones de fugarse, daban pruebas inequívocas de gran serenidad y resignación admirable, habiendo brillado con particularidad en estas dos virtudes el invicto P. Gabriel, víctima codiciada del tiránico ministro.

Cerrada esta puerta, donde parapetarse con alguna apariencia de legalidad para defensa de sus planes, acudió al subterfugio infame de infringir el secreto de las correspondencias particulares. Creido que en los desahogos expontáneos y naturales, que se acostumbran tener en el sigilo de la confianza, encontraria, por contingencia, algo de que asirse y procesar à los inocentes Jesuitas, abria las cartas, que se escribían unos á otros; mas, observando que con todos los más escrupulosos rebuscos, no topaba ni con un ligero cencerrón, donde clavar el diente, sino que hallábalas todas redactadas con tal circunspección y tino, que ni aun el más remoto fundamento le daban para sus tramoyas y armadijos, envió hombres disfrazados al colegio de Evora, que por alli esparcieran cartas sospechosas. Tampoco esto le aprovecho, porque adivinando los Padres las diabólicas tramas del ministro, suspendieron toda correspondencia por escrito, à no ser puramente oficial. Rugia ya la tempestad en lontananza; todos estos preparativos eran relámpagos, que marcaban su aproximación, y no tardo mucho en descargar, con toda la furia, sobre los pobres inocentes.

CAPÍTULO VIII.

Prisión del P. Malagrida y otros compañeros. Ejecución de algunos presuntos reos de regicidio.

El dia 28 de diciembre, fiesta de los santos Inocentes, à medio dia, el P. Malagrida fué llamado por el patriarca Saldaña. Habiéndose presentado sin dilación ni escusas, primeramente fué conducido al palacio del cardenal, de donde al punto, sin ser admitido en audiencia, lo llevaron à casa del ministro, que le estaba ya esperando. Pombal, en viendo entrar al ferviente Obrero, dirigióse à él sin saludos ni cortesías, y, mostrándole un papel, que tenía en las manos, le dijo: Hé aquí una carta, que hallaron en vuestra mesa; ¿sois vos quién la habéis escrito?

St, señor: respondió el P. Malagrida después de haberla mirado atentamente.

Entonces, añadió el ministro: vos estabais enterado del complot, en que se maquinaba contra los preciosos dias de nuestro augusto soberano?

Esectivamente, contestó el Padre sin inmutarse. Por conducto reservado se me avisó que el rey corria peligro, si bien no se me indicaba la secha, ni por quién. Con esto creí que estaba en la obligación de prevenir á.S. M., y este es